

Del aterrado gentío
Que la gran Toledo puebla,
Consternado el Arzobispo,
Con devota pompa lleva
Al régio doliente alcázar
El pan de la vida eterna.

Tal consuelo sintió el alma,
De piedad insigne llena,
Que aún pudo dar fuerza al cuerpo
De la agonizante enferma.

Dió márgen falaz alivio
A esperanzas pasajeras;
Mas el doctor aterrado
Término fatal recela.

A los dos días tal fiebre,
Tales síntomas se muestran,
Que de repente el palacio
De gran confusión se llena.

Acude Juan Villalobos,
En llanto prorumpe el César,
Y desatentadas corren
Las camaristas y dueñas.

Lombay en su puesto, inmoble,
Sin mover los labios reza,
Cuando de la régia estancia
Abren las doradas puertas.

Era el doctor Villalobos,
A quien con temor se acerca,
Preguntándole angustiado
Si alguna esperanza queda.

Y el doctor mudo no hallando
Cómo darle la respuesta,
Alza los ojos al cielo
Y entrambas palmas eleva.

Lo ve Lombay, se estremece,
Y cobrando extraña fuerza,
Movimiento convulsivo
Y una actividad horrenda,

De la cámara corriendo
Parte, la guardia atraviesa,
Sale á la plaza, el gentío
Clamoroso que la llena,

Del palacio en los balcones
La vista y las almas puestas,
Penetrando, sin que nadie
En tan gran señor advierta.

Y por calles solitarias
Sin objeto vaga y vuela,
El ferreruero arrastrando,
Destocada la cabeza.

Alza los ojos al cielo,
Y el cielo de primavera
Azul, despejado, puro,
Que espléndidos hermosean

Celajes de oro y de grana,
Do el sol poniente refleja,
Una bóveda de plomo
Que sobre su frente pesa,
Que lo ahoga y lo confunde,
Sin aire y sin luz en tierra
Se le figura, y le faltan
Para echar el paso fuerzas.

Sigue, párase, vacila,
Suda, se abrasa, se hiela,
Gíranle en torno las casas,
Que se le hunde el suelo piensa,
Y le zumban los oídos...

Una bomba es su cabeza
Pronta á estallar... cuando mira
De la catedral la puerta.

Ansioso buscando asilo
Por sus umbrales penetra,
Al tiempo que en occidente
Daba el sol su luz postrera.

El de Lombay en el templo
Oscuro y frio, tropieza
Con varios informes bultos,
Fieles devotos que rezan,

Y cuyos vagos contornos
Ver la oscuridad no deja;
Y al presbiterio le guía
Fulgor de mustias candelas,

Así como por el bosque,
Perdido en la noche ciega,
Tropezando, el peregrino
Va hácia la lejana hoguera.

Del altar santo delante
Se arroja en las losas tersas
Del pavimento, formando
Tras sí larga sombra en ellas.

Los brazos en cruz, clavados
Los ojos (en que reflejan
Del retablo los esmaltes,
Las lámparas y las velas),

Del Redentor en la imagen,
No con los labios y lengua,
Que estaban entumecidos,
Sino con la voz interna

Del corazón y del alma,
Que es la que hasta el cielo llega,
Ésta petición expone

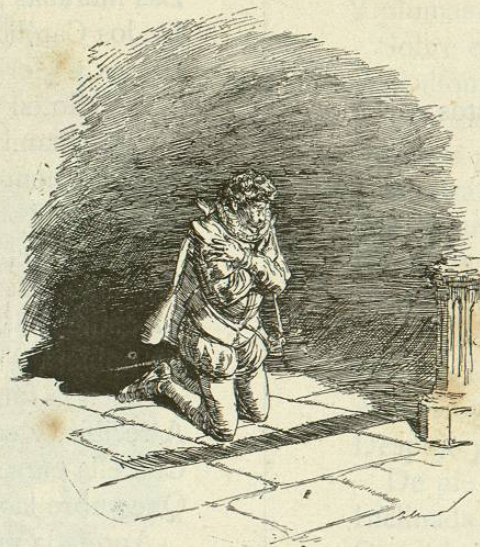
Y en estos términos ruega:

«¡Misericordia, Dios mio,
Piedad para con mi Reina,
No dejes huérfana á España
Y al mundo hundido en tinieblas.

»Si una víctima es precisa
De vuestra alta Omnipotencia

A miras inescrutables,
Que yo la víctima sea.
»Caiga yo, caigan mis hijos,
Mi estirpe toda perezca,
Y sálvese...» ¡Tomb!!! Retumba
En el mismo instante, y llena,
Estremeciendo las cimbras,
Los ámbitos de la iglesia

La gran campana, de muerte
Dando al mundo infausta nueva.
¡Són espantoso!... Lo escucha
Como el NO con que respuesta
Da á su plegaria el Eterno,
El Marqués, y cae á tierra.



ROMANCE CUARTO

VIAJE FUNEBRE

Con blancas sobrepellices
Y con hachas encendidas,
Cantando fúnebres rezos
En voz confusa y sumisa,
Sobre mulas enlutadas,
Formando dos largas filas,
Cien devotos capellanes
A lento paso caminan.

Siguen treinta caballeros
Que negros caballos guían,
Del pié á la cabeza armados
Y las viseras caídas.

Negros son los pendoncillos
De las inclinadas picas,
Y negros los paramentos,
Vestés, bandas y divisas.

Luégo entre veinte alabardas,
En cuyas anchas cuchillas
Las rojas luces reflejan
De noche, y el sol de día;

Cercada de doce pajes
Viene una litera rica,
Que de negro terciopelo
Un régio manto cobija.

TOMO II

Los castillos y leones
Recamados lo salpican,
Entre águilas imperiales
Y entre portuguesas quinas,
Arrastrando por el suelo
Los flecos de sus orillas,
Y gruesos borlones de oro
En sus cuatro puntas brillan.

Dos magníficas coronas,
Imperial y régia unidas,
Un rico cetro y un mundo
Lleva la litera encima.

Detrás tan pegado á ella,
Que al notarlo se diría,
Que alguna mano de adentro
Del freno acerado tira,

Marcha un corcel generoso,
Sobre el que mudo camina
El que la fúnebre marcha
Dirige, gobierna y guía.

El gran Marqués de Lombay,
Con faz como de ceniza,
Con los ojos apagados,
Con boca que no respira:

13

En cuyo enlutado pecho
Sólo se descubre y brilla,
Pendiente de una cadena,
Del Toison de oro la insignia.
Y también de oro una llave,
Que aunque primorosa y chica,
Pesa para él más que un monte,
Y es áspid que le horroriza.

Gentiles hombres, hidalgos,
Caballeros de alta guisa,
Y gente de Iglesia lleva
Por séquito y comitiva.

Y en pos lacayos, repuestos,
Y acémilas bien provistas,
Cubiertas con reposteros
De blasones y de cifras.

Lleva dentro la litera
Una caja de atauja,
De negro plomo aforrada
Y de brocado vestida.

Con gonces y cerraduras,
Con biseles y aldabillas
De oro á cincel trabajado,
En labores muy prolijas.

Y en esta caja el cadáver,
Lleno de bálsamos iba,
De la que ayer era Reina,
Y hoy sólo polvo y ceniza.

De las riberas del Tajo
Del Genil va á las orillas,
A buscar reposo eterno
En la Iglesia granadina.

Con pavoroso silencio
Esta triste comitiva,
Haciendo descansos breves,
Marcha de noche y de día,
Por lo angosto del camino,
Por los recuestos arriba,
Y en los tornos y revueltas
Del largo espacio que pisa,
Caminando con tal orden,
Tan silenciosa y unida,
Que un solo cuerpo formaba
Y de léjos parecía

Inmensurable serpiente,
Que deslizándose iba
Entre campos y entre montes,
Dando sus escamas chispas.

De los cortijos y aldeas
Presurosos acudian

A los bordes del camino,
O á las cercanas colinas,
Ya curiosos, ya asustados,
Villanos con sus familias,
Y por un encantamento
Aquella vision tenían.

Al avistar este entierro
Las murallas granadinas,
De los Católicos Reyes
Fresca y gloriosa conquista;

Cuando en las antiguas torres
De la Alhambra relucian,
Al sol ardiente de junio,
Alicatadas cornisas;

Ayuntamiento y cabildo,
Con enlutadas insignias,
La audiencia, comunidades,
La nobleza y clerecía

Salen la fúnebre pompa
A recibir, y caminan
Con ella entre inmenso pueblo
Que cubre las avenidas.

Apretada muchedumbre
De las dos razas distintas
Se conocen en los trajes,
La cristiana y la morisca.

Ya las calles de Granada
El funeral régio pisa,
A la catedral marchando
Entre dos espesas filas

De lanzas y de arcabuces,
Que de lindero servian
Al hervoroso gentío
Que en la carrera se apiña.

Las campanas clamorosas,
Sus graves sonos envían
Al firmamento, retumban
Las salvas de artillería,

Resuenan roncós tambores
Y destempladas bocinas,
Y de dolor y respeto
Fúnebre murmullo gira.

El de Lombay nada escucha,
Sigue la litera rica,
Y tan pegado con ella
Que son una cosa misma.

Y sin que nada le llame
La atención, toda absorbida
En ella, de ella ni un punto
Los áridos ojos quita.

ROMANCE QUINTO

LO QUÉ ES EL MUNDO



Terminados los sufragios
Y los oficios solemnes,
Último auxilio que presta
La santa Iglesia á los fieles;
En el templo de Granada,
Que los Católicos Reyes,
Consagraron victoriosos
Al Señor omnipotente;

En medio de la gran nave
Por do vuela el humo leve,
Que seis flameros de plata
Dan de olorosos pebetes;
A la luz de cien blandones,
Cuyas rojas llamas mueve
El vapor del gran gentío
Que en el templo oscuro hierve,

Y que reflejan y brillan
En los ojos y en los dientes
De un enjambre de cabezas
De todos sexos y temples;
Entre doce caballeros
De pavonados arneses
Tan inmóviles, que estatuas
De oscuro acero parecen;

En medio de cuatro pajes
Que amarillas hachas tienen,

Cubiertos de ricas galas
Y plumas en los birretes;
Sobre excelsa gradería
Que alfombra pérsica envuelve,
Y bajo un dosel ó palio
Que seis pértigas suspenden;

Se alza un túmulo pequeño
Con recamado tapete,
Donde los régios blasones
Esmaltados resplandecen;

Y encima la caja rica
Cerrada está, que contiene
A la Emperatriz y Reina,
Despojo ya de la muerte.

De pié descuella á su lado,
Inclinada la alta frente,
Que á la luz de los blandones
La de un cadáver parece,

Y cruzados sobre el pecho
Los brazos en nudo fuerte,
El gran marqués de Lombay
De aquellas exequias jefe.

Aunque también está inmóvil,
Harto que tiembla se advierte
En que el Toison y la llave,
Que en su noble cuello penden,

Dando súbitos reflejos,
Como dos hojas se mueven,
Que en un álamo en otoño
Aura imperceptible mece.

En la soberbia capilla
Donde las cenizas duermen
En magníficos sepulcros
De los Católicos Reyes;
Ya está la bóveda abierta,
Cuya ancha boca parece
De la eternidad la boca,
Que voraz su presa atiende.

Llega por fin el momento
En que el cadáver se entregue
Al granadino Prelado
Con testimonio solemne:

Siendo el marqués de Lombay,
¡Tan inflexible es la suerte!
Quien reconocer el cuerpo
Y hacer de él la entrega debe.

¡Acto espantoso, terrible,
Para el que Lombay no tiene
Fuerza en sí mismo bastante
Por más alma que le aliente!

Al ver que ya el Arzobispo
Los trémulos pasos tiende
Por las gradas, que se pone
Del régio féretro en frente,

Que el notario lo acompaña,
Que en derredor aparecen
Los testigos, y que el pueblo
Espera el acto impaciente;

Con expresion tan amarga,
Mas con una fe tan fuerte
Alza el rostro, y ambas manos
Hácia los cielos extiende,

Que sin duda de su ruego
Se apiadó el Omnipotente,
Y resignacion y brio
Le dió para el trance fuerte.

Pues de pronto en sí tornando,
Con resolucion desprende
La afligranada llave
Sobre su pecho pendiente;

En la estrecha cerradura
Sin mostrar temblor, la mete,
Y veloz le da la vuelta
Que hace resonar los muelles.

Al punto un paje la tapa
Alza del féretro, y vése
Con sus régias vestiduras
Un cuerpo. Mas el ambiente

Con tal fetidez se infesta,
Que el brillo las luces pierden;
Atrás se retiran todos,
Y el concurso se conmueve.

Del cuerpo oculta el semblante
Un blanco holan, que guarnecen
Los encajes más costosos
Que el prolijo belga teje.

Y observando la etiqueta,
El Marqués tan sólo debe
Levantarlo, porque pueda
El rostro reconocerse.

Vacila, tiembla, la mano
Va á extender una y dos veces,
Y la retira veloce
Cual si el cendal fuego fuese.

Convulso, desatentado,
A tocarlo se resuelve,
Lo ase, lo levanta... ¡Cielos!
¿Qué es lo que dejó patente?

¡Horror! ¡Horror!!! Aquel rostro
De rosa y cándida nieve,

Aquella divina boca
De perlas y de claveles,
Aquellos ojos de fuego,
Aquella serena frente,

Que hace pocos dias eran
Como un prodigio celeste,
Tornados en masa informe,
Hedionda y confusa vense,

Donde enjambre de gusanos
Voraz cebándose hierve.
Tal espectáculo horrendo,
Y la fetidez y peste

Que en torno se difundian,
Al gran concurso estremecen
Con terror pánico. Un grito,
Un alarido de muerte

Unánime se levanta;
Huye asustada la plebe,
Huyen pajes, caballeros,
Arzobispo, nobles, prestes,

Y aterrados y oprimidos
Se apiñan en los cancelos.

Sólo el marqués de Lombay
Clavado está, sin moverse,
Fijo en su puesto. Su rostro
Ni palabras ni pinceles

Pueden retratarlo. Azufre
Ser sus facciones parecen,
En que expresion nunca vista
De afecto ignoto se advierte.

Con los ojos que le saltan
Del casco, mas que no tienen
Ni luz, ni lágrimas, fijos,
Todo aquel espanto bebe.

Extendidos los dos brazos
Contra el túmulo, sostienen
Su cuerpo, como puntales,
Y ya no tiembla, que pende

Inmóvil el toison de oro
Cual si de un poste pendiese.
¡No es hombre quien logra tanto,
Mármol es quien tanto puede!

La obligacion y el respeto
Que al régio cuerpo se debe,
Pronto al Prelado, cabildo
Y caballeros compelen

A volver, porque el cadáver
Sin sepultura no quede;
Y aunque no muy cerca, tornan
Y al Marqués llaman. Mas este

Ni ve más que un desengaño,
Ni oye más que una solemne

Voz del cielo: ó ya es un tronco
Que ni ve, ni oye, ni siente.

Un su gentil-hombre llega,
Notando que allí la muerte
Está bebiendo insaciable,
Y le tira de la veste,

Todo en vano. Decidido
Con él se abraza; parece
Que está abrazado de un roble
Que raíz profunda tiene.

En esto un paje la tapa
Del féretro de repente
Cierra, con cuerdo discurso,
Porque aquella infeccion cese.

Y al ocultarse á la vista
Todo el horror que contiene,
Y al estruendo de los gonces
Cerraduras y batientes,

Tiembla el Marqués, da un gemido,
Su rígida fuerza pierde,
Y á brazos del gentil-hombre
Flojo y desplomado viene.

Acuden sus servidores,
Y entre todos, cual si fuese
Cadáver, fuera del templo
Le conducen como pueden.

En cuanto le dió en el rostro
A cielo abierto el ambiente,
Los ojos abre, suspira,
De nuevo á la vida vuelve;

Se pone en pié, gira en torno
La vista, como si hubiese
De una pesadilla horrible
Despertado. En la celeste

Bóveda la clava, y dice
Con acento tan ferviente,
Y una expresion tan sublime
Que hasta las piedras conmueve:

*No más abrasar el alma
Con sol que apagarse puede,
No más servir á señores
Que en gusanos se convierten.*

Y desmayóse de nuevo
Hundido en maligna fiebre,
Que puso su noble vida
Muy á pique de perderse.

Este Marqués de Lombay
Estaba á los pocos meses,
En una mezquina celda
Confundido y penitente;

Y predicando á los hombres
Con ejemplo tan solemne,
El desprecio que á las pompas
Del ciego mundo se debe.

Hoy SAN FRANCISCO DE BORJA
Lo llama la Iglesia, y tiene
Culto propio, con que buscan
Su patrocinio los fieles.

Madrid, 1838.

